



EL MAESTRO ESTÁ CANTANDO

Por Ada Albrecht

El ser humano es una criatura afligida constantemente por múltiples necesidades. Para vivir, precisa alimentos a fin de mantener su cuerpo físico. También necesita afecto, y para ello están los padres, madres, hermanos, etc., otorgándole su cariño. Sí, el ser humano es una criatura de múltiples necesidades, y a medida que se desarrolla requiere aún más.

Por ejemplo, el hombre que posee todo cuanto necesita para vivir en el mundo, siente que aún precisa de un mayor conocimiento, y cuando logra adquirirlo asciende aún más y entonces requiere de otra sabiduría más excelsa, la de la Fe, para poder de este modo acercarse a Dios.

Sabedores de esto, los Grandes Maestros han canalizado ideas que nos elevan al mundo del Espíritu. Así fue como nacieron en India los cuatro *Vedas* o Libros de Conocimiento Sagrado. Entre ellos se encuentra el *Sama Veda*, que es el *Veda* del Canto.

Los instrumentos son la voz de la Madre Música, pero el que Ella más atesora y ama es el que vive como un monjecillo sagrado en la garganta de sacerdotes y *Chelas* (Discípulos); sobre todo, en la garganta de los Santos. Ellos, con su canto, pueden hacer llorar al hombre más cruel, amar al indiferente, dar paz al angustiado. El canto es magia, y el que canta con el sentimiento de su corazón abrazado al Señor, transforma las vicisitudes de la vida en manantiales de paz. Las almas piadosas aman el canto espiritual, que es difícil de compartir, pues la gran mayoría de los hombres son indiferentes a esta modalidad de la música. No todos tienen interés en los temas sutiles, y a la vez, estos no se regalan al alma dormida; la magia del Cielo no es posesión de todos. Sin embargo, hay como una intuición de que, muchas veces, el camino hacia la luz espera por nosotros en el reino de la música. Los seres humanos, como decimos, intuyen esto, y es por eso tal vez que, quien más quien menos, todos practican el arte del canto. Éste les atrae como a la mariposilla la llama de una lámpara; no es sólo el dulce sonido lo que hechiza, sino lo que el alma presiente que se halla escondido detrás de él.

A propósito de lo que decimos narremos la siguiente historia:

Hubo cierta vez, en la aldea de Gabur, en Madhyapradesh, un *Ashram* famoso por los cantos que en él se entonaban. Sí, el Maestro del *Ashram* sabía mucho sobre el particular, y con él, todos sus discípulos. Ellos cantaban desde el alba hasta el anochecer. Un grupo de discípulos lo hacía al despuntar la aurora, otro grupo al mediodía, y otro más a la puesta del Sol, pues, como sabemos, los tres tiempos más espirituales del día son precisamente su aurora, su mediodía y el ocaso. Lo que estos jóvenes discípulos aprendían de su Maestro sobre el arte sagrado del canto era casi un misterio, porque ellos hablaban de familias de notas, de tiempos místicos, de ritmos mágicos. Lo que sabían sobre la música, lo aplicaban a la naturaleza. Créase o no, podían hacer que florezca un loto en invierno, que el mango dé frutos en enero, o que se detenga el agua del arroyo en algún punto señalado por el canto de una voz.

Tanta sabiduría magistral no podía quedar oculta, y así fue cómo ese *Ashram* de la aldea de Gabur y su Maestro Nitila, junto a sus discípulos, fue ganando fama. Primero en los alrededores de Gabur, y luego en toda India. De lejos llegaban sacerdotes y *Sannyâsines*, *Pandits* y *Chelas*, con el ánimo de acercarse a esa soñada fuente espiritual.

Sin embargo, no era fácil transponer las puertas del *Ashram*. Un grupo de discípulos las cuidaban celosamente, y eran

pocos aquellos a quienes se les permitía el ingreso. Muy serios y graves, los mencionados discípulos solían detener a los forasteros con una sola frase, que era siempre la misma, día tras día, y era ésta: “el Maestro está cantando”, lo cual significaba, como es de suponer, que no se lo debía interrumpir. Algunos de los visitantes, munidos de mayor paciencia que la mayoría, solían permanecer fuera del *Ashram* acomodados bajo un árbol o guarecidos en algunas cuevas de la vecina montaña, esperando que el Maestro terminase de cantar para recibirlos. Pero esto no acontecía, porque “el Maestro está cantando”, era una frase que involucraba, al parecer, un tiempo eterno.

Es claro que la familia humana posee criaturas disímiles. Algunos hombres son muy nerviosos e impacientes, otros son cínicos o envidiosos, o lo que fueren; otros, en cambio, son pacientes y otros, aún más, son infinitamente pacientes. Este era el caso del joven Rey Maruba.

—De lejos he venido a ver a Nitila —se decía—. Por amor a él abandoné mis deberes como Rey, y aquí estoy, a las puertas de su *Ashram*, sin que ellas se abran para recibirme. No vengo por curiosidad. Hace ya mucho tiempo que he abandonado a la hermana curiosidad a un costado del camino. No puedo, sin embargo, desposeerme de la Devoción que siento por Dios. Morando en mi palacio, no son los problemas de gobierno los

que ocupan mis horas, sino mi intenso anhelo de aproximarme al corazón de *Parabrahman* o Dios Absoluto, que es la Inteligente Esencia de este vasto mundo. Toda mi vida he buscado despertar en mí ese divino estado de conciencia que torna posible el logro de un contacto, siquiera ínfimo, con el Infinito. Muchos fueron los viajeros que me hablaron de Nitila. “Nitila ha hallado a Dios”, me confesaron. Y porque he creído en esas confesiones hechas por hombres sinceros, es que me hallo aquí, a las puertas del *Ashram* de Nitila, sin poder ingresar a él, y sin poder verlo.

Luego, suspirando se decía:

—Tendré que aprender a esperar, ya que estoy seguro de que si lo hago, alguna vez Nitila me recibirá.

Día a día se acercaba al *Ashram* una caravana diferente de curiosos. Algunos permanecían a sus puertas con cierto nivel de paciencia por dos o tres días. Otros hubo que se quedaron por varias semanas, pero nadie como el Rey Maruba; él había logrado matar al tiempo con la certera flecha de su voluntad, permaneciendo ahí, abrigado con el manto de la constancia, y olvidado de las horas, los días y las semanas. Determinado y firme, guarecido en una cueva de la montaña quedó ahí ya sin esperar nada, y mucho menos que Nitila le recibiera.

Pero un mediodía, en el cual el cántaro del Sol volcaba el tesoro de su luz sobre la tierra, se acercó hasta él un grupo de discípulos.

—El Maestro te llama —dijo el mayor de ellos con una voz que en sí misma era un canto.

—Ha encontrado en ti la melodía que buscaba —dijo otro discípulo, tomando la mano del Rey Maruba, y llevándolo hacia las puertas del *Ashram*.

—¿Qué es eso de que ha encontrado en mí su melodía? —preguntó Maruba al grupo de discípulos.

Vio que éstos sonreían plenos de una misteriosa alegría que Maruba nunca había conocido antes, porque era la alegría de las alas de los pájaros cuando ascienden hacia el espacio, la alegría del Sol cuando remonta el horizonte para abrazar la tierra, o la de los lotos cuando florecen en los estanques. Era una alegría por demás excelsa que Maruba, como decimos, nunca había conocido.

Llegaron pues, al *Ashram* y avanzaron por un caminito cubierto de flores hasta una choza que era la morada del sabio Nitila. Ni su palacio hecho con los mejores mármoles de las canteras de los Himalayas poseía el esplendor deslumbrante de la choza de Nitila. Era amplísima, era mágica, y Maruba

pensó que el Universo entero podría caber en ella. La luz la tapizaba, la poseía, y era una luz que no hería los ojos, era una luz que penetraba en el alma. Como una nave pletórica de misterios, llevaba al Espíritu surcando las aguas de la vida hasta los mismos pies de Dios. Maruba sintió desmayarse. No se hallaba preparado para semejante encuentro.

Como sabedores de que acontecería esta inusitada conmoción en el recién llegado, los discípulos lo sostuvieron levemente, impulsándolo a ingresar a la choza. Súbitamente la magia había desaparecido, y ahora los ojos de Maruba veían una simple choza, en el centro de la cual se hallaba recostado un santo.

—Soy Nitila, y te estaba aguardando, Rey Maruba —le dijo—. Hace un tiempo que estoy cantando los Versos del *Sama Veda*, pero no llegaba la melodía. Sólo estaba el canto; la raíz de su belleza no aparecía. Supe que llegaría hasta mí al visualizar tu presencia con los ojos de mi corazón frente al *Ashram*. Hace mucho que te hubiera abierto las puertas del mismo, pero tenía que comprobar la fuerza de tu paciencia y tu voluntad para saber que realmente eras la melodía que esperaba.

Y Nitila le explicó que cuando el *Sama Veda*, o *Veda* del Canto, abre sus puertas al alma del hombre para transportarla a las regiones de la Fe perfecta, es porque el mismo Espíritu

del *Sama Veda* sabe que esa alma se ha metamorfoseado en melodía.

—Apenas te conozco, Sabio Nitila —balbuceó el Rey Maruba, que tan poderoso se presentaba ante sus súbditos, y que aquí, frente a Nitila semejaba ser un niño perdido—. ¿Qué quieres significar con eso de la transformación del alma en melodía? En el reino del cual provengo, los músicos conocen miles de “*Ragas*” que interpretan en sus instrumentos. No logro entender qué es esa melodía de la cual hablas tú y tus discípulos.

Nitila lo invitó a sentarse frente a él, y Nitila habló como hacía tiempo no lo hacía. Muchos años atrás, su alma había apartado la mera palabra hablada de sus labios; abrazado a los Misterios de su *Sama Veda*, la había cambiado por la voz de la música. Él cantaba como su *Sama Veda*, para inundar de melifluos sonidos el corazón de la Vida; huía de la palabra pronunciada bajo la guía de la mente, prefiriendo en cambio aquella que era canto guiado por el corazón. Nitila explicó al Rey Maruba lo que para el *Sama Veda* significaba la ciencia de la melodía.

—Cualquiera de los músicos de tu palacio, y cualquiera de los innumerables músicos del mundo pueden construir, valiéndose de las notas, verdaderos mares de melodías; sin em-

bargo, la Melodía de la cual te hablo yo, nada tiene que ver con aquellas; aquellas cantan a los amores mundanos, cantan a sus dolores, a sus desengaños, en fin, el hombre y sus emociones crean cantos para todos los estados que viven en el tiempo. Sin embargo, Rey Maruba —dijo Nitila—, ¿sabes tú cuántas veces puede nacer en nuestra Tierra la Melodía que es hija de un alma realizada, hija del alma de un santo? ¿Sabes tú lo que esa Melodía encierra? Dicen los *Maharishis*, dicen los Grandes Sabios, que sólo una vez en centenares de años nace esa Melodía de la cual te hablo, y nace en el corazón de un hombre; es la Melodía de la Devoción, la única Melodía que pertenece al Alma de la Música. El hombre que la conquista se halla preparado para unirse al Infinito. Esa divina criatura se halla cercana al mundo celeste, ya que posee la Fe de los Grandes de Espíritu. Se ha despojado de sus ambiciones terrenas, y por una magia especial, se ha llenado de anhelos divinos. El que canta a Dios, según enseña el *Sama Veda*, vive en la Esencia del mundo. “El *Veda* del Canto” es para los hombres que ya nada quieren saber con el decir del intelecto. Dios ha dejado de ser un eco en la caverna de la mente, Dios ahora es canto del corazón; conocemos el canto del corazón por su alegría, y esta alegría es hija de una única fuente: el Amor a Dios.

Y Nitila agregó:

—Eres aún muy joven rey Maruba, pero la Madre Música te ha elegido. Llegarás a ser un rey, pero no de un reino de la Tierra, sino de ese otro reino con el que sueñan los que ya han andado todos los caminos generados por el tiempo y buscan ahora el Camino hacia la Eternidad

Y Maruba permaneció a los pies de su Maestro Nitila, abandonó su reino en el mundo de la ilusión, dejó sus ropajes de monarca, y tomó la vestidura de los humildes *Sannyâsines* que les hace herederos del sublime Reino del Cielo.

Del libro Bhakti Sûtras con notas pedagógicas, Ed. Hastinapura
